

Teatro

ANTONIO GALA

La otra cara del Imperio

"ME parece de verdad esencial que el español conozca su pasado para que aprenda a convivir con su presente y con su futuro. El pasado se nos ha enseñado muy mal, de una manera triunfalista y falsa. Los españoles no conocen cómo han llegado a ser lo que son, entre otras cosas porque no están seguros de lo que son, porque no saben lo que son. Ellos dicen, "España es diferente"... Bueno, diferente, pero, ¿de qué? Si España no fuera diferente, sería Austria, por ejemplo... Lo importante es definir, no ser diferente". **Son palabras de Antonio Gala que nos diría en el transcurso de la conversación que con él mantuvimos a propósito de su comedia "Las cítaras colgadas de los árboles", que quiere ser un testimonio de la cara oculta de nuestro siglo XVI, del subdesarrollo material y espiritual que se guardaba tras la escenografía del Imperio y la conquista de Indias. No es, ni mucho menos, la primera vez que Gala aborda un tema histórico. Ahí están su serie para televisión "Si las piedras hablaran", su —en términos más de ficción— "Anillos para una dama", sus artículos en revistas y hasta otras obras cuya narración entronca con hechos o circunstancias históricas, como "Noviembre y un poco de hierba" (los "hombres ocultos" tras la guerra civil española) o la prohibida "¡Suerte, campeón!" (los años cuarenta de nuestra posguerra).**

Empezamos hablando con Gala sobre el contexto elegido para "Las cítaras colgadas de los árboles", sobre su atención hacia el siglo XVI:

ANTONIO GALA.—Me interesa mucho toda esa época conflictiva de la segunda mitad del siglo dieciséis, en que España está tan absolutamente desgarrada, tan ajada, entre las diferencias religiosas, las diferencias de sangre, las amenazas de la Inquisición... Esa época sobre la que Quevedo dice que "hay que vivir con la barba apoyada en el hombro", mirando hacia atrás para ver si viene alguien siguiéndote, una época de espionaje, de denuncias. Mezclado con la larguísima burocracia de Felipe II, con todo el gran desánimo, el nacimiento de la picaresca... Es una época apasionante, dentro de la que yo elegí el año siguiente a la muerte del César Carlos, pues la comedia se desarrolla en diciembre de mil quinientos cincuenta y nueve y él había muerto en el cincuenta y ocho.

"Por otra parte, me interesaba también esta época porque se podía hablar explícitamente de una "Nueva España" —ya que así se llamaba a Méjico, que es de donde viene el protagonista—, en contraste con la España vieja de aquí, que se sentía orgullosa de estar enfangada, satisfechísima de estar metida hasta las narices en el más absoluto inmovilismo, en la convicción de que Dios no sólo era católico, sino que era español...

"Otro motivo más para elegir la época es que siempre me apasionó el tema de los judíos conversos, dentro de los que está toda la Intelligencia española, desde los Valdés hasta los Guevara e, indudablemente, Cervantes, que es el gran decepcionado.

—Sin embargo, al personaje de converso que aparece en "Las cítaras colgadas de los árboles" tú no lo sitúas como un intelectual, sino como una sirviente (Conchita Velasco)...

A. G.—Bueno, ha llegado a ser sirviente, a ser humillada, porque no siempre debió de ser así. Ella habla en un momento dado de su padre, del judío converso al que ahorcaron por herir a un soldado... Seguramente su caso sería como el de la mayor parte de los que se quedaron, obligados a trabajar por sus manos, pues los inteligentes o se ocultaban de ser judíos o se exiliaban, como es el caso de Vives. Hasta el punto de que la Pragmática de mil quinientos cincuenta y nueve dictada por Felipe II —que es la que termina y redondea todas esas leyes que consiguen que España se quede pobre y sola para siglos; ahora, eso sí, cristiana vieja: las leyes de inmovilización del oro y de la plata, la expulsión de moriscos, la obligatoria conversión de judíos...— redondea todo eso al decidir que los españoles ya no pueden salir a estudiar fuera y que los que estén dictando o recibiendo cursos en colegios extranjeros tienen que volver so pena de perder la

Olalla (Conchita Velasco), la judía conversa de "Las cítaras colgadas de los árboles", efectúa un conjuro solicitando la vuelta de Lázaro, su amante. "Los judíos fueron rigurosamente humillados por los cristianos viejos", dice Antonio Gala.

nacionalidad y los bienes. A partir de ese momento, España se ciñe por una especie de cingulo de castidad intelectual y los exiliados se quedan ya fuera... Servet, por ejemplo... Y los judíos que permanecieron aquí empezaron a ser rigurosamente humillados, a hacer trabajos de menestralía porque los cristianos viejos nunca trabajaban por sus manos...

"Entonces, Olalla, la sirvienta de mi obra, es una contradicción de judía y matancera. Precisamente por eso, la comedia empieza con una matanza, no es que empiece a humo de pajas para conseguir una escena muy rítmica o muy teatral, sino porque en una matanza ya queda perfectamente claro quién es y quién no es cristiano viejo y las diferencias que había entre serlo o no.

"Este es un momento triste, en que los cristianos viejos mantienen la sartén por el mango con enorme intransigencia después de que la Reconquista había sido una especie de coexistencia pacífica, en que los mudéjares son árabes que permanecen en territorios reconquistados y los mozárabes son cristianos que permanecen viviendo y practicando su religión en territorios árabes. Pero, de repente, al acabar la Reconquista, los cristianos viejos, que habían tenido como "compañeros de viaje" a moriscos y a judíos, dicen ahora ya no os necesitamos, y se acabó... Y como realmente la unidad nacional se



Teatro

tiene que hacer sobre algo tan absolutamente sutil como es la religión (porque ni la lengua era única, ni las ideologías, ni las geografías, ni las actitudes históricas ni los deseos históricos iban por el mismo camino), pues se impone una religión desde arriba, coactivamente. Esa fue la razón de que viniera la Inquisición, a pesar de que se opuso el Papa Sixto V. Pero Isabel la Católica se empeñó, porque sabía que políticamente no tenía en España más posible unidad que la de la religión.

"Entramos, entonces, en una época coartada y llena de deseos intelectuales confundidos, donde el deseo de libertad de expresión se toma —igual que ahora— por una actitud política, un momento en el que se exterioriza esa falta de libertad, esa falta de flexibilidad en las manifestaciones religiosas, ese imponer-la-forma-única-en-que-Dios-quiere-ser-adorado... De ahí nace el erasmismo, todas las desviaciones de alumbrados y de iluminismos. Y, políticamente, está entremezclado con el "apagón" de Villalar, que había sido un deseo, el último suspiro...

—El personaje de Marcos (Manuel Dicenta) es un superviviente de aquella etapa, que se refugia en el sueño de lo que no fue...

A. G.—Sí, este viejecito de alguna forma representa esa especie de posibilidad de coexistencia que hubo, y que él retrotrae a antes de la conquista de Granada. Antes de la conquista de Granada aún había una posibilidad de hablar, de practicar las diversas religiones, en contraste con el siglo dieciséis, que es un siglo de intransigencia absoluta.

"Además, el personaje de Dicenta quiere una "Nueva España" que no sea mítica ni lejana, como la que propone Lázaro (Jesús Puente). El mismo lo dice en un momen-

to: "Pero, ¿por qué no hacemos la "Nueva España" en ésta?"

—El fracaso de los comuneros impidió, según tu opinión, que esa "Nueva España" llegara a hacerse realidad...

A. G.—Yo lo veo así. Sobre todo, se desmadró algo que había empezado a desmadrarse en el momento en que Colón firma las Capitulaciones con la Reina Isabel, Capitulaciones de Santa Fe que se hacen incluso antes de conquistar Granada. Entonces, si un país ha estado durante ochocientos años luchando por su unificación —aunque me parece que tan española es la Contrarreconquista como la Reconquista—, ¿cómo es posible que una vez que ya hemos tomado posesión de la casa no nos dediquemos a adecantarla un poco, a barrerla y limpiarla, en vez de asomarnos a la ventana, ponernos como locos, coger las carabelas e irnos hacia América o, mejor dicho, a buscar un nuevo camino hacia las Indias? Como si no tuviéramos poco "reprise" con el del Renacimiento, Colón va y se encuentra América, que eso si se lo encuentra uno se lo calla, eso no se dice, vuelve uno y dice, pues no he visto nada...

"América nos vino fatal, la descubrimos en un momento muy malo, y ese es el origen de toda la gran decepción, de toda la contradicción que hay —por ejemplo— entre dos personajes literarios, Cervantes y Lope de Vega. Cómo Cervantes, que es testigo de la gloria de Lepanto, es el escritor más decepcionado de su época y, sin embargo, cómo Lope de Vega, que es testigo de la tiniebla de la Armada Invencible, es el escritor más fresco, más jugoso y más glorioso de nuestra literatura... Es una

contradicción muy interesante de estudiar, debida probablemente a que Lope, que era muy inteligente pero que tenía la menor cantidad de vergüenza con que se puede circular por este mundo, no quiso abrir los ojos, darse cuenta de lo que sucedía, y prefirió escribir por orden gubernativa, sin importarle nada un comino. Vamos, el caso de "Fuenteovejuna" me parece evidente en este sentido.

—A lo largo del desarrollo de "Las cítaras colgadas de

Las "dos Españas" del siglo XVI intentan España, provocará un enfrentamiento con el superviviente de la lucha de los C



Teatro

los árboles" se halla también latente el sentimiento de que el oro de América pasaba muy, muy lejos. Es decir, nadie diría que en aquellos mismos momentos había oficialmente una España imperial y grandiosa...

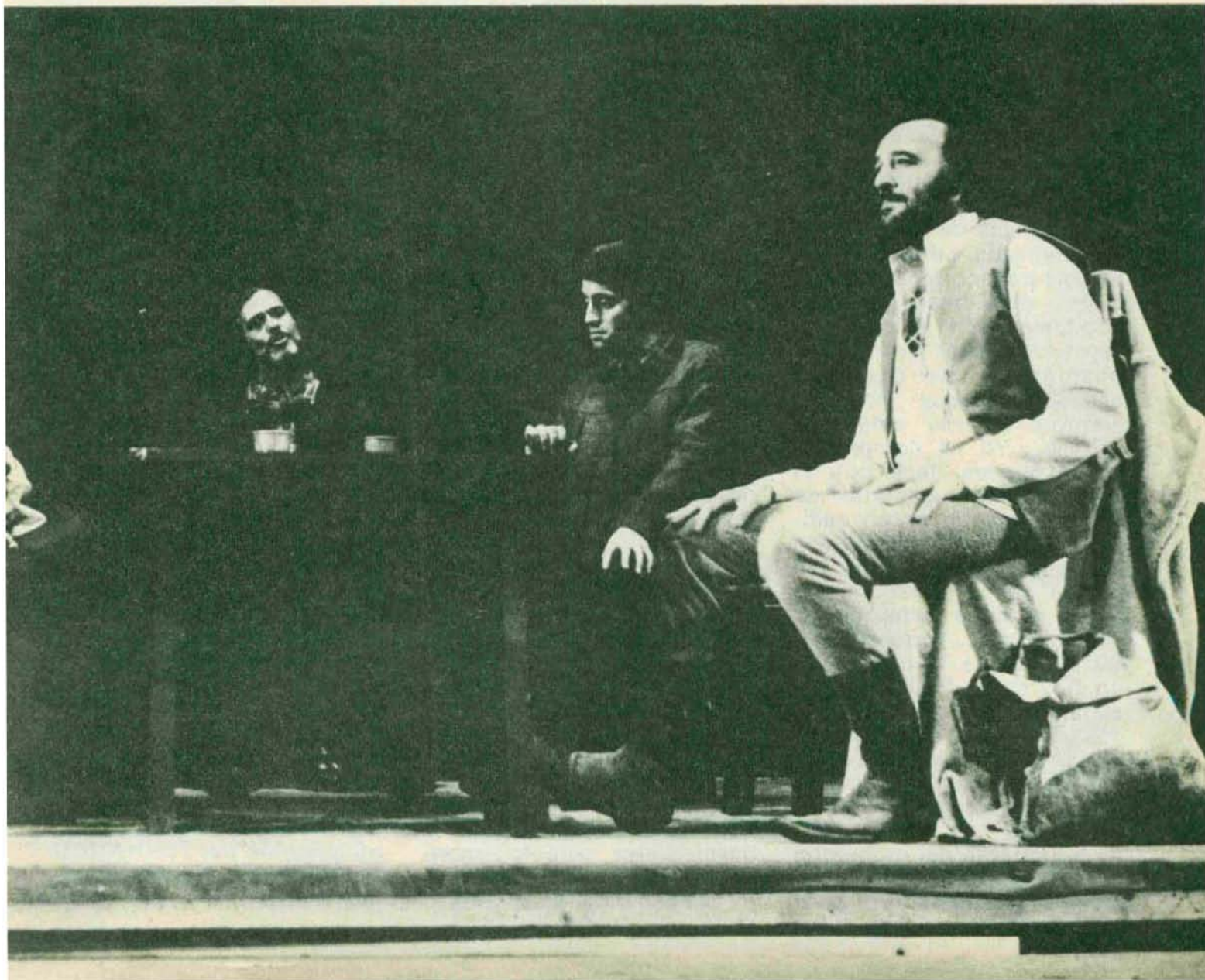
A. G.—Claro, es que el oro de América ni siquiera servía para cubrir los gastos de las guerras que teníamos en Europa. Iba a parar directamente a banqueros como los Fúcar, que fueron quienes nos arruinaron concediendo préstamos y préstamos con

tremendos intereses. Es tristísimo, por ejemplo, leer la correspondencia entre Hernán Cortés y Carlos V, cuando Cortés habla de la Nueva España con esas dimensiones y esas riquezas —que fue lo que en principio me sugirió escribir "Las cítaras..."—, donde los ríos eran como mares, los montes veneros de plata y las selvas como todo nuestro país, y el Emperador —viviendo la bancarrota económica más grande del mundo, como tan bien ha estudiado Carande

en su libro "Carlos V y sus banqueros"— se lamenta diciendo: "... Y pensar que todo esto se reduce a dineros, a no tener dineros...".

"Toda la Contrarreforma, toda la Dieta de Worms, toda la batalla de Mühlberg, todo, todo, está aquí. Los soldados le insultaban cuando pasaba delante de ellos: "¡Maldito Carlos de Gante, danos lo que nos debes!"... ¡Una cosa horrorosa! Claro, tenía que permitirles que robaran, que saquearan y que metieran

un diálogo imposible. El regreso de Lázaro (a la derecha del lector, interpretado por Jesús Puente) desde Nueva Uto con el alcalde Alonso (al fondo, Manuel Torremocha). El anciano Marcos (a la izquierda, Manuel Dicenta), dineros, será de los pocos que acepten sus palabras, añorando los tiempos "en que no se había conquistado Granada".



Teatro

preso al Papa en Roma. Tenía que permitirles todo porque les debía las soldadas. Así, pues, el oro de las Indias ni siquiera servía para pagar las guerras; llegaba de América, se paraba un momento en Sevilla e iba inmediatamente a las arcas de las personas que previamente nos lo habían prestado. Era una sangría permanente.

"Después de la bancarrota económica viene, en seguida, la bancarrota de los ideales. Ya no tenemos nada que ver con Europa, ya empieza España a retraerse, Felipe II intenta hacer esa extraña política matrimonial por la que se casa primero con una portuguesa, luego con una alemana, luego con la inglesa, luego con la francesa..., es un cuchipandeo horroroso, a todas venga a rezar el rosario, no sabe qué hacer... Es el primer Rey que se apea, y hace El Escorial, claro, que es el edificio de un Rey que se ha apeado, de un Rey que se deja transportar en litera y cuyas dos posturas más habituales son la de estar sentado o estar de rodillas, ninguna de las dos muy española porque nosotros siempre hemos estado a caballo... Yo no comprendo cómo pueden decir que El Escorial es representativo de España, cuando es un edificio absolutamente insólito en la arquitectura española, sin nada morisco ni nada arabiante, no tiene nada que ver con nosotros... Pero sí es el testimonio de la actitud de un Rey como Felipe II, muy claramente.

—¿Por qué situaste la acción de "Las cítaras colgadas de los árboles" en una pequeña comunidad rural extremeña y no en una capital importante del momento, donde, quizá, todos los hechos, tensiones y fracasos

que citas se darían de una manera más evidente, más directa?

A. G.—Verás, en primer lugar, porque me convenía llevar la acción allí donde, en ese momento, se decía que nacían los dioses, los conquistadores de Indias. Por otra parte, acababa de morir en Extremadura el César Carlos y, además, desde Extremadura se regía en realidad todo el gran ceremonial del descubrimiento y la conquista, porque allí estaba Guadalupe, porque los jerónimos fueron los verdaderos ministros de Indias. En cuanto a los grandes núcleos de población, en aquel momento podía haber sido Sevilla, pero en Sevilla no hay esta oscuridad que hay en Extremadura, en Sevilla empieza a nacer por entonces, como último coletazo de lo islámico, la novela picaresca... Pero ese ya es otro tema.

—Has dicho en otra ocasión que tu comedia se desarrollaba "en un momento en que, más tajantes que nunca, había dos Españas y una estaba más lejos que nunca de la otra". ¿Realmente sucedió así en el siglo dieciséis o has querido acercar al público hacia la existencia de otras "dos Españas" mucho más recientes en el tiempo y en el espacio?

A. G.—No, no, no, esa división enorme se daba en el dieciséis. Era un contraste muy grave porque, después de la caída de los Comenidos, hubo unas grandísimas represalias y Carlos V nombró consejeros, dio vara de mandar, a los capitostes de los pueblos, no quiso contar ni con la nobleza ni con esa especie de burguesía honesta que empezaba a desarrollarse comercialmente en los núcleos ciudadanos, en beneficio de los, digamos,

"alcaldes de Zalamea", que eran cristianos viejos no sospechosos de haber colaborado con las Comunidades. Y su actuación fue muy autoritaria, muy represiva, dentro de una España verdaderamente desolada, desangrada, donde la única solución para muchos era emigrar, hacerse lo que entonces se llamaban "segundones", que se iban a las Indias o se apuntaban en los Tercios de Flandes o —literalmente— se tiraban al monte, como muchos segundones catalanes que se lanzaban a los Pirineos...

—Pero, en alguna forma, sí parece indudable que has buscado también hacer pensar al espectador en conflictos actuales, de la España de hoy...

A. G.—Eso sí, sí. Te advierto que el esfuerzo no ha sido demasiado grande, porque siempre he creído que la segunda mitad del siglo dieciséis era un trasunto bastante claro de la segunda mitad del veinte. Incluso yo pensaba llevar este paralelismo más lejos en una comedia que se llama "La cama de Ratisbona", centrada en el cierto optimismo que surgió con la posibilidad de liderazgo de don Juan de Austria. De esa especie de coito —bueno, de coito simplemente— entre el Emperador y el pueblo, nació el personaje espléndido de don Juan de Austria que, en alguna manera, pudo ser pero que se murió, desgraciadamente, de unas cagaleras... ¡Si es que esto es horrible, la historia de España es horrible, siempre es así! ¡Todavía quieren que yo sea alegre y divertido cuando toco temas históricos!

(Entrevista realizada con magnetofón por FERNANDO LARA. Fotos: Manuel Martínez Muñoz.)